

Homenaje al Profesor Manuel Balado

Tribute to Professor Manuel Balado

Dr. Juan Carlos M. Andreani

Fundación Cenit para la Investigación en Neurociencias; Buenos Aires, Argentina

Me formé en el servicio de Neurocirugía que lleva su nombre y, aunque la dirección del mismo durante todo ese período -e incluso luego- dejaba mucho que desear, su ejemplo me inspiró para intentar seguir sus pasos, pese a la adversidad del medio.

Resulta fácil describir, para homenajear, a una personalidad de las ciencias médicas como fue el Profesor Manuel Balado, si nos atenemos a sus logros científicos. Todo lo que supe sobre él lo adquirí en mis largas y frecuentes conversaciones con el Dr. Julio Ghersi (“don Julio”), mi mentor y maestro, a quien a menudo le solicité guía en esas adversas circunstancias, y quien a la postre (un tercio de siglo atrás) me entregó en mano mi título de neurocirujano, sellando un pacto de pertenencia que considero sagrado y eterno que, además, me indicó que había ido por el camino correcto, siguiendo por el derrotero históricamente indicado por el Dr. Balado, quien falleció años antes que yo naciera, pero cuya trayectoria admiré siempre y lo consideré un “maestro sin tiempo” (no sólo mío, sino de mi generación y de las futuras).

Este preclaro argentino nació en 1897 en la Ciudad de Buenos Aires, y se graduó de Médico en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1921 con Diploma de Honor. Tras recibirse, ingresó al Instituto de Clínica Quirúrgica del Hospital de Clínicas, donde permaneció hasta 1924, y al año siguiente, gracias a una beca de la Fundación Rockefeller, partió a los Estados Unidos a comenzar su formación neuroquirúrgica en la Clínica Mayo de Rochester (Minnesota) como discípulo de Alfred Adson.

Regresó a la Argentina en 1926. Impulsado por José Arce, dedicó su carrera a la especialidad Neurocirugía, la cual aún no existía en nuestro país: Manuel Balado se convertiría en el primer especialista en esa actividad. Creó el primer servicio de Neurocirugía del país en el Hospital de Clínicas, donde se dedicó a la atención de sus pacientes y, asimismo, su espíritu de investigador lo llevó también a trabajar en el desarrollo de sus investigaciones neurohistológicas experimentales de la inervación del iris que había comenzado ya a estudiar en los Estados Unidos.

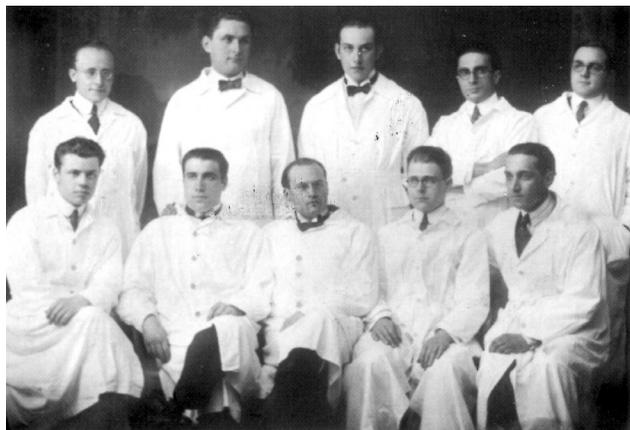
Fue el primero en describir la topografía de las cintillas ópticas, de la vía visual y de los cuerpos geniculados. Fruto de esos estudios fue el libro *El Iris*, publicado en 1927, donde efectuaba una minuciosa descripción sobre la inervación del iris, y el cual recibió el Premio Lagleyze.

En 1928 fundó los *Archivos Argentinos de Neurología*, creando y auspiciando durante toda su carrera diversos programas de investigación y estudio de su especialidad.

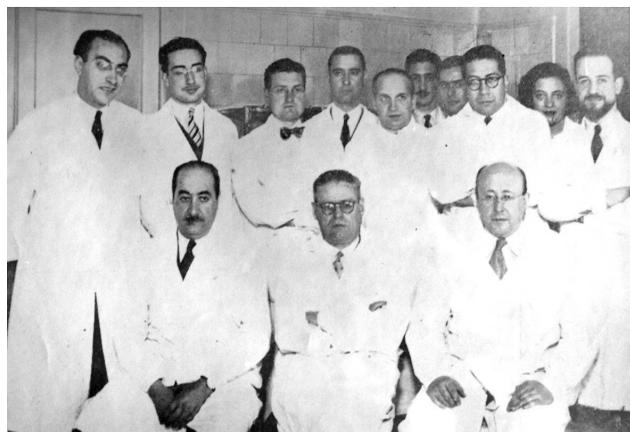
Las enormes dificultades que existían para visualizar el tercer ventrículo cerebral y permitir el diagnóstico topográfico en estructuras profundas, en tiempos que no existían los métodos



Professor Manuel Balado (1897 - 24/03/1942).



Practicantes del Hospital de Clínicas, año 1920. De pie: M. Balado, Kaplan, I. Prini, M.A. Tocci y J. Botinelli. Sentados: J. Lewis, E. Omacini, R. Lorenzo, R. Dachini y A. Risolia.



Hospital de Clínicas, Sala XII, año 1938. De pie: A. Cammarota, C. Guillot, J. Ghersi, A. Garma, L. Romero, E. Pibernat, J. Piet (becado belga). Sentados: R. Pardal, J. Hanon, M. Balado.

complementarios de diagnóstico de hoy, lo impulsaron junto a Ricardo Morea y Cornelio Donovan a investigar alternativas entre los años 1926 y 1929. En 1930, Balado propuso el relleno de los ventrículos cerebrales con lipiodol en reemplazo del procedimiento habitual, que en la época utilizaba aire como medio de contraste (neumoencefalografía), dando así origen a la yodoventriculografía, método mundialmente adoptado poco tiempo después, que continuó utilizándose hasta el advenimiento de la Tomografía axial computada a mediados de los años 70.

En 1930, cuando el Profesor José Arce creó la Sala XII en el Hospital de Clínicas destinada a la práctica y desarrollo de la Neurocirugía, puso a su frente a Manuel Balado. Desde ese año comenzó también a trabajar en el Hospital Oftalmológico Santa Lucía, dirigido entonces por el doctor Adolfo Oyenard. En 1931 publicó sus Lecciones de Cirugía Neurológica. En 1933 describió junto con Carlos Malbrán la aracnoiditis optoquiasmática, proceso inflamatorio (meningitis) que afecta a la cisterna optoquiasmática situada por debajo del quiasma, enfermedad que, en su honor, se denomina síndrome de Balado. En 1936 formó parte del Comité de Redacción del Zentralblatt für Neurochirurgie, quizás la más prestigiosa del mundo entonces. Al crearse en 1937 la cátedra de Neurocirugía en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Balado fue nombrado su primer profesor

titular. Continuó dedicando sus mayores esfuerzos al estudio de la vía óptica, y sus trabajos acerca de la estructura del cuerpo geniculado externo -tanto en el hombre como en los animales- dieron lugar a una de sus obras más importantes, *Das corpus geniculatum externum*, publicada en Berlín en colaboración con Elizabeth Franke, obra que le dio aún más prestigio internacional.

En los últimos años de su carrera se dedicó principalmente a estudiar la actividad eléctrica del cerebro, tarea en la que se convirtió también en un precursor. Tras conocer los trabajos de Hans Berger, Balado construyó en 1939 el primer electroencefalógrafo de Latinoamérica, publicando ese mismo año el *Encefalograma Humano* en colaboración con Luis Romero y Pedro Noiseux, con importante repercusión en la bibliografía nacional e internacional en la materia.

Fue uno de los primeros en obtener registros electrocorticográficos y en intentar establecer mapas citoarquitectónicos. Utilizó para ello un electroencefalógrafo de diez canales especialmente construido en una sala blindada de cirugía, aparato que en 1942 llegó a ser considerado el más avanzado en el mundo, y fue uno de los primeros en enfatizar la importancia del fenómeno de “punta - onda” para guiar la resección de la corteza cerebral anormal en los casos de epilepsia refractaria. Sin embargo, cabe destacar que la grandeza de este hombre se vio también en sus actos cotidianos, al

decir del mismo Dr. Julio Gherzi, “discípulo y amigo del Dr Balado” -tal como él se definía-, *don Manuel* era de hábitos sencillos, de una voz tranquila y persuasiva, tanto en el consultorio (donde consideraba que comenzaba el tratamiento de un paciente) como en el fragor de una cirugía complicada, pues sostenía que quien no mantenga siempre una conducta civilizada dentro del quirófano no debería ser cirujano, y menos aún neurocirujano, y describió alguna vez que empleaba el mismo tono respetuoso al hablar con un ministro o una enfermera.

Sus detractores decían que era “eterno” porque tomaba su tiempo para operar: “*las bombas destruyen rápido*”, solía decir criticando a aquellos que sólo tenían como referencia la brevedad en la duración de sus cirugías, y ese mismo tiempo y paciencia los dedicaba a acompañar en las operaciones de sus discípulos, orientando paso a paso y enseñando con total transparencia, pues afirmaba que era la obligación de quien dirige, y sostenía que de lo contrario no tenía el derecho de ser jefe (cabe lamentarse de qué poco cundió ese ejemplo señero).

Eran otros tiempos quirúrgicos e históricos; sus discípulos de la talla de Julio A. Gherzi, Juan Carlos Christensen, Ricardo Morea y Ramón Carrillo, nada menos, atestiguaron su grandeza como maestro. Fue un trabajador infatigable, operaba diariamente y, durante su carrera, además de sus libros escribió más de 140 artículos de su especialidad, pues no concebía la tarea asistencial sin que vaya en paralelo a la docencia y la investigación.

Pese a tan gran despliegue de actividades, se tomaba lapsos para escribir largas cartas a colegas de todo el mundo, entre ellos muchos de aquellos que conoció en EEUU, donde relataba sus descubrimientos científicos con total transparencia, pues era un convencido de la universalidad e intemporalidad de la ciencia, lo cual, y por esta vía, llevó al exterior muchos de sus hallazgos que figuraron más tarde como descubrimientos de muchos de sus “amigos”, no tan transparentes como él. Resulta sorprendente saber que además tuvo tiempo y paciencia para llegar a ser un destacado pintor, de nivel artístico profesional en esa disciplina.

De acuerdo a su filosofía de vida, Manuel Balado falleció en la ciudad de Buenos Aires el 24 de marzo de 1942, de un infarto de miocardio que sufrió tras efectuar una larga intervención quirúrgica en una paciente que, así, sobrevivió décadas a su cirujano. Murió en su plenitud, a los 45 años de edad. Cuando mucho podía aún esperarse de su genio creador.

Que su ejemplo nos siga inspirando. ❖